

**martha robles**

## **el 68 y sus letras**

Doce años después del movimiento estudiantil de 1968 ustedes se preguntarán si tuvo importancia histórica, y si la tiene, cuáles son sus expresiones culturales más significativas. 1968, como 1848 en Europa, es una fecha importante por sus movimientos juveniles. El más notorio fue el de Francia, porque se dio en una división histórica entre la Francia del fin del gobierno de De Gaulle y el principio de otra, menos coherente y sólida. Los movimientos estudiantiles de 1968 tienen un común denominador: la protesta contra los sistemas educativos, reflejo del sistema general de la vida y de la sociedad; cierta incertidumbre ante el porvenir profesional y, también, inconformidad, porque no se advertía en el porvenir inmediato una causa histórica a la cual dirigir el propio destino. Excepto los jóvenes cubanos, y quizá los chinos, no había en el horizonte político, movimientos que colmaran la aventura que toda generación reclama sobre su papel en el mundo.

En mi país, no había problema académico en la Universidad Nacional; dos años antes se había iniciado un cambio en los estudios, la convivencia universitaria y la participación cultural. En 1966 llegó a la rectoría Javier Barros Sierra, hombre excepcional. La Universidad estaba dividida, muchos profesores habían renunciado, en protesta por las causas de la renuncia del doctor Ignacio Chávez, quién aplicó un sistema rígido con la consecuente protesta de los jóvenes. Las demandas de los estudiantes y los propósitos del rector Barros Sierra, coincidieron. Era la misma universidad y, sin embargo, distinta. Respirábamos otro aire. Los acontecimientos de mayo, en París, fueron como un despertar de la

conciencia, un gritar nuestra inconformidad y tratar de romper el silencio y los problemas que asfixiaban nuestra vida. Una crónica de Carlos Fuentes fue más trascendente que las noticias propaladas por la prensa. El papel de los jóvenes estaba definido. Sin embargo, lo nuestro era otra cosa: No había móvil para la protesta académica. Se puede admirar lo que ocurre y ser espectador. Tal fue nuestro caso ante el movimiento de París. Llegó el aniversario de la Revolución cubana, 26 de julio de 1968, que, como años atrás, muchos simpatizantes deseaban conmemorar públicamente. Las figuras de Castro y el Che Guevara eran próximas a nosotros. Significaban el valor, la audacia y la victoria que colman una esperanza. El 24 de julio un alboroto intrascendente entre una preparatoria universitaria y una vocacional del politécnico fueron pretexto para que la policía interviniera brutalmente. El Politécnico decidió protestar abiertamente el día 26. Las dos manifestaciones confluyeron en las calles de la ciudad. Todos los testimonios coinciden en que policías disfrazados rompieron ambas manifestaciones y provocaron los desórdenes callejeros. Los jóvenes, agredidos, lucharon unidos hasta avanzada la noche. La policía esperó la salida de los preparatorianos de San Ildefonso, la escuela más antigua y tradicional, para atacarlos sin causa alguna. Los estudiantes se refugiaron en su edificio y contestaron, como pudieron, la inexplicable agresión. Fue inútil la tentativa de la universidad para impedir lo que fue el asalto final contra la casa del antiguo colegio. A media noche, el ejército destruyó la puerta con un disparo de bazuca y ocupó, como si fuera reducto enemigo, una escuela defendida por jóvenes indefensos. El Presidente de la República, Gustavo Díaz Ordaz, había salido a la ciudad de Guadalajara y la explicación de los funcionarios del gobierno fue sorprendente: el regente de la ciudad de México, dijo: en México iba a ocurrir un movimiento inspirado por agentes extranjeros como el de París.

Al amanecer del 27 de julio, Javier Barros Sierra, con estudiantes y maestros, izó la bandera mexicana a media asta en señal de duelo y protesta por la ocupación militar de la escuela preparatoria. Fue una respuesta inesperada. Estudiantes, profesores y trabajadores se unieron en el acto del rector y se inició lo que sería la marcha del 1º de agosto. Salir a las calles de la ciudad significaba romper simbólicamente con el orden establecido. Desde 1958 ningún mexicano había protestado en las calles. Los universitarios lo hicieron ese día. Así se inició el movimiento estudiantil. Javier Barros Sierra vio con claridad por sobre la confusión de los hechos que aquello no era sólo una protesta universitaria sino el principio de una lucha por la democracia en nuestro país.

El movimiento del 68 coincidió en el tiempo histórico con otros movimientos estudiantiles, en Europa y en América, pero tuvo una causa particular: luchar por la democracia a través de la universidad. Se habían logrado, en la universidad de México, cambios que nuestra generación exigió para todo el país. Nuestras demandas atendieron dos aspectos: el inmediato: castigo de la policía, y otra de mayor alcance: la derogación de dos artículos en el Código Penal, contrarios al espíritu de nuestra Constitución. Ésta fue la raíz de un movimiento, profundamente universitario porque sólo los estudiantes y los profesores podían señalar algunas de las causas de la opresión social. En esta protesta coincidieron algunos intelectuales que veían con mayor claridad, y sin compromisos, la realidad del país. En Francia se trató de cambiar lo universitario como reflejo del sistema; en México, luchamos por extender las libertades alcanzadas en la universidad para toda la nación.

Dos manifestaciones más haría la generación del 68. Una es singular y memorable: se decidió desfilar —y desfilamos casi un millón de personas— con la boca tapada para significar lo que el régimen deseaba de nosotros: silencio, complicidad, sumisión. Fue un desfile aterrador. No hubo voces sino un rostro de furia contenida con la boca tapada. Eran los días finales de agosto. El 1º de septiembre, en su informe a la Nación, Díaz Ordaz se refirió al movimiento estudiantil. Señaló algunas soluciones menores y lanzó nuevas amenazas. El 16 de septiembre, día de la Independencia nacional, hubo un despliegue de fuerzas militares. La prensa, en esos días, inició otra campaña contra la universidad con el pretexto de la proximidad de los Juegos Olímpicos. No podían contemplarse en paz las competencias atléticas por la protesta juvenil. Si ésta persistía era obvio, para ellos, que el propósito era desprestigiar a México ante el mundo. Los argumentos extravagantes se manifestaron y nadie atendió ni satisfizo la más sencilla de nuestras demandas legalmente. No pretendimos otro camino. Acostumbrados a hablar con el Rector, a dialogar y discutir con las autoridades de nuestra casa de estudios, demandamos cosa parecida del presidente. Se tomó como desafío. El día 18, al anochecer, el ejército ocupó la ciudad universitaria. Más de diez mil soldados y cuatro generales invadieron escuelas y facultades, apresaron profesores, alumnos y empleados. La Universidad fue humillada. El Rector la defendió con lo único que tenía: la razón y la Ley. La respuesta fue calumniosa y violenta. Barros Sierra renunció y todos los universitarios, y podría decirse que la mayor parte del país, hicieron suya la conducta del Rector. Se manifestó la condición moral ante la fuerza armada, la razón frente al autoritarismo. No pudo renunciar el rector y en condiciones muy difíciles prosiguió su defensa de nuestra casa de estudios. Cuando las negociaciones estaban en su mejor momento, el 2 de octubre, el

mitin del Consejo Nacional de Huelga en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, fue barrido durante más de cinco horas por disparos de policías y soldados. Ha sido el hecho más sangriento de la historia contemporánea de México, inútil por sus efectos, innecesario por su brutalidad. El país pagó un alto costo moral. El 2 de octubre es una fecha singular que explica avances y retrocesos, rectificaciones y nuevas actitudes en el México de nuestros días. Para la cultura es una señal significativa porque favoreció una imagen diferente del régimen en que vivimos y hemos vivido y luchado.

Octavio Paz renuncia, en 1968, como embajador de México en la India. Su protesta ante la violencia gubernamental destaca de entre el ruido efímero de la Olimpiada. Los meses que siguieron a la matanza de Tlatelolco fueron de temor y cautela. Tiempo de silencio. Recogimiento reflexivo que marcaría el inicio de las nuevas palabras de la cultura nacional. Los jóvenes de entonces comenzamos a preguntarnos por el sentido de la libertad, por la trascendencia de las voces apagadas en medio de una soledad hueca, carente de expectativas. Ni Sartre ni Camus podían responder más a nuestras dudas. Si alguna certeza predominó en este sueño negro fue la afirmación sartreana de que "la muerte es el fracaso de la vida". Nuestros mitos fueron cayendo lentamente; las interpretaciones mágicas de Paz, el poeta empeinado en interpretar la historia a fuerza de metáforas, se diluían con los últimos versos memorizados de su poema **Blanco**. Sus preocupaciones imaginarias dejaron de pertenecernos. **Posdata** apareció cuando la pluma crítica demandaba el entendimiento de una visión totalizadora, como la literatura, como la vida. Antes, mucho antes de que nuestros escritores reconocidos dieran a conocer sus páginas sobre el movimiento, Eduardo Santos, estudiantes de la Facultad de Comercio de la Universidad, ocupó la portada de la Revista de la Universidad con las primeras palabras de la generación 68:

Escucha  
El rumor            escucha  
Las cadenas que lleva el torrente  
                         oye, mira  
el terror cabalga en aras de bayoneta  
                         acércate amor mío, no temas, ya pasará  
Nos cubrieron con lazos de dolor  
nos robaron el lenguaje de los astros  
                         No temas ya llegará la aurora  
En la negritud se volcó la imagen  
Nos rompieron los cráneos  
y mis cabellos bañan la simiente

Estréchate ya pasará el frío  
Se crecieron las negras raíces  
Serpiente verdesmeralda  
formada de cristal de gritos  
Nos negaron el silencio  
y nos acogotaron con sus voces  
Y pasará amor mío no temas

Las cárceles y campos militares, saturados de alumnos y maestros, intercalaban sus horas de encierro con lecciones de historia y política. Eli de Gortari y su lógica dialéctica enriquecían la formación académica de los detenidos. José Revueltas hablaba, todavía, de la autogestión y de la posibilidad de que la universidad crítica se transformara después "en un movimiento de subversión de la sociedad entera". Su mano incansable, más de novelista que de profeta político, continuaba llenando páginas de análisis, testimonios e interpretaciones "para encontrar la estrategia y la táctica adecuadas a cada situación". De Lecumberri salió la primera crónica novelada de los acontecimientos. **Los días y los años**, por Luis González de Alba, en cuyas páginas se advirtieron los ecos de un conflicto inacabado, el diálogo de unos protagonistas privados de su libertad, la visión contradictoria de un tiempo que se fue y de un tiempo que se vive en el presente aislado, alejado del espacio de los otros; los de afuera.

¿Quién? ¿Quiénes? Nadie. Al día siguiente, nadie.  
La plaza amaneció barrida; los periódicos  
dieron como noticia principal  
el estado del tiempo.  
Y en la televisión, en el radio, en el cine  
no hubo ningún cambio de programa,  
ningún anuncio intercalado ni un  
minuto de silencio en el banquete  
(Pues prosiguió el banquete).

Rosario Castellanos expresó así su ira contenida en el que fue acaso su único poema político, incluido en **La Noche de Tlatelolco**, de Elena Poniatowska; libro de testimonios, algunos, asombrosos porque provenían de las fuerzas represivas. Entre sus páginas se recogen las protestas poéticas que siguieron a la de Octavio Paz. José Carlos Becerra, dijo:

Detrás de la iglesia de Santiago Tlatelolco  
treinta años de paz más otros

treinta años de paz,  
más todo el acero y el cemento empleado para las  
fiestas del fantasmagórico país.  
más todos los discursos  
salieron por boca de las ametralladoras.

Sobre los textos de la antigua poesía nahua, traducidos por el Padre Garibay, José Emilio Pacheco, proclamó:

Y el olor de la sangre mojaba el aire

Y el olor de la sangre manchaba el aire.

Aquella prisión de Lecumberri tuvo su día de horror, descrito por José Revueltas en su carta a Arthur Miller: 23 páginas de un relato agudo, hiriente, como la realidad que no queríamos ver. Otra relación de hechos sangrientos, la denuncia de una agresión más en el sistema penitenciario. La pluma de Revueltas, era punta de lanza del compromiso de un escritor. Después vendrían las novelas y un giro crítico de la situación inmediata en el **Excélsior** de Julio Scherer, y en **Plural** de Octavio Paz. La crítica se recobra después del 68. Fue una gran tradición de la cultura mexicana como consta en las páginas de nuestro periodismo del siglo XIX y en la obra histórica de nuestros liberales. Esa herencia la mantendrían primero, bajo condiciones muy adversas, algunos hombres que iniciaron la lucha contra la dictadura de Díaz, como los Flores Magón y Luis Cabrera. Con el 68 se llena ese espacio que fue precedido por exámenes muy lúcidos. Cabe mencionar la obra polémica de Lombardo Toledano, los artículos de Narciso Bassols, la síntesis de José E. Iturriaga y la **Democracia en México** de Pablo González Casanova. El México de los años sesenta, después del movimiento ferrocarrilero, aplastado por el gobierno, inaugura una crítica predominantemente política y social. ¿Cuestión de décadas? Es probable: diez años después, exactamente, el país se veía envuelto en un nuevo conflicto que en vano trató de ocultarse. En 1964, se publicó la segunda edición de **Los errores**, singular novela de José Revueltas; crítica, anticipada y clara del Partido Comunista Mexicano en su etapa stalinista. Un año antes del 68 se había publicado la obra literaria de Revueltas que fue, para muchos jóvenes de esa generación, un descubrimiento necesario y oportuno.

Después de los antecedentes recorridos, podemos dividir en dos partes las letras posteriores al 68, en cuanto obra crítica: periodismo, ensayos y novelas; poesía y teatro.

En lo referente al periodismo y al ensayo, Gastón García Cantú, en sus **Conversaciones** con Javier Barros Sierra, dio el testimonio

analítico más lúcido e importante de nuestro pasado inmediato. Las ideas expresadas en estas pláticas representan los fundamentos para el conocimiento de un suceso tramado de causas diversas. De estas páginas se recoge la lección de que los problemas humanos se resolverán a través de la cultura. De ahí la importancia que le diera Barros Sierra a la educación y que García Cantú nos transmitiera a los entonces estudiantes en su obra cultural en la universidad. Cuando ellos conversaban sobre el 68 y la universidad, Cosío Villegas dejaba su labor de escritor en *Excélsior* y García Cantú la iniciaba invitado por Julio Scherer con un hábil dominio del idioma, frases cortas sentenciosas y con un don de síntesis poco visto en nuestra literatura. Surgió un nuevo lenguaje crítico en sus artículos semanales. Sus juicios han demostrado que es imposible el examen político desprendido de la historia. Carlos Fuentes, en *Tiempo Mexicano*, hizo una brillante revisión de los últimos gobiernos mexicanos. Acaso una de sus mejores páginas sea la descripción del origen político de Díaz Ordaz. Mucho se ha escrito desde entonces sobre el 68, sus causas y sus consecuencias. De lo dicho y omitido prevalece la necesidad de conocer un hecho ante el cual prevalecen las incógnitas. Como referencia o experiencia, el movimiento estudiantil ha sido tema de la narrativa contemporánea y de algunas medidas gubernamentales: las reformas han sido electorales, de representación política y educativa. Otra reforma lograda en un alto grado es la política por el registro de los partidos minoritarios y su participación en el Poder Legislativo.

Al sosegar la memoria de los muertos, los protagonistas del movimiento estudiantil comenzamos a perdernos en una masa sin nombre. Su herencia se expresaba en crisis prolongadas, difusas; una soledad inmensa y la necesidad permanente de definir nuestra identidad, el sentido de la libertad. Ávidos de relatos, de pormenores, buscamos en las páginas de los novelistas la reinvención de una realidad cautiva en la conciencia. Aparecieron las primeras líneas: suceso distante para unos, adherido en la piel de otros. El 68 quedó integrado, como tema predominante, en la narrativa de la última década. **Con él, conmigo, con nosotros tres**, de María Luisa Mendoza, es un viaje de palabras, tiempos sobrepuestos al Tlatelolco sangriento, a su "gentedad" colmada de recuerdos vivos, de testigos ciegos de hechos platicados en un cuarto. En **La invitación**, acaso la mejor novela de Juan García Ponce, surge la rebeldía paulatina del protagonista en medio de una referencia lejana de los trastornos que no le pertenecen. La soledad es una con los deseos aplazados y las horas vacías de un convaleciente ocupado en llenarlas con su universo imaginario. **Cena de Cenizas**, de Ana Mairena, reflexiones sobre una juventud que ve desde lejos, sin

sentirla suya. La muerte es su obsesión. El asesinato, el engaño y la simulación fueron la trama de su obra. La intuición de su trágico fin pudo advertirse desde los **Extraordinarios**. Con una mezcla de palabras, de ésas que se recogen entre carcajadas adolescentes, y de situaciones guardadas en la memoria de los días estudiantiles, Jorge Aguilar Mora, en **Si muero lejos de tí**, recrea desde el asombro hasta los momentos compartidos en esa nuestra anarquía que viaja, critica, descubre, analiza y reflexiona con el mismo desparpajo con el que los estudiantes pasábamos de las aulas a las calles; va de la suposición al descubrimiento de una vida llena de contrastes. En su novela se advierte la singular visión del país que los jóvenes de entonces construíamos desde afuera, en otros territorios legales; geografías trazadas en el desarraigo sin esperanza. La Europa mitificada en la libertad imaginaria.

Tiempo de hacerse y rehacerse. La pesadilla de los muertos siempre presente, como la referencia del México que no quiere mirarse. Esa sensación de que ni el día, ni los espacios o los sentimientos se recogen en un cuerpo definido. Partir de la negación del todo para ser real, desprenderse para lograr un rostro. Esa falta de identidad, tan claramente expresada en los herederos del existencialismo, aparece en nuestra narrativa joven, esencialmente dialéctica y esperanzada en su propia transformación, como contrapunto de las letras previas al 68, fincadas en la generalidad del tratamiento de los problemas sociales y en la protesta difusa, sin llegar al cuestionamiento concreto, preciso, de situaciones políticas. Entre una y otra generación, Gustavo Sainz representa el enlace entre el discurso expositivo, la magia volcada en las palabras y la conquista de la literatura dibujada con rasgos biográficos, sugerencias que permiten la incorporación del lector como complemento de la obra. La aparición de una prosa rebelde y rica en elementos originales hicieron de **Gazapo** y la autobiografía de Sainz las páginas de bienvenida a los problemas de la juventud actual, al lenguaje de la apatía y al de la evidencia de una realidad sin alternativas. Sería difícil comprender la expresión controvertida de las nuevas palabras sin detenerse en las obsesiones y las frases circulares, los ambientes reales y ficticios, de la prosa de Sainz.

La pluma suelta de Luis Spota logró un interesante testimonio del movimiento mediante frases, poemas, noticias, comentarios y hasta fragmentos de obras publicadas. **La plaza** es una recreación que no lastima, exposición novelada de situaciones y hechos desconocidos. Su característica: la ausencia de confrontación. Miles de lectores buscan en las páginas de Spota el tratamiento de una realidad que no difiera, en lo fundamental, de sus propios juicios sobre la desigualdad y el descontento manso, expresado en

palabras de sobremesa. **La plaza** se sumó al éxito editorial de Spota, el único escritor mexicano que ha logrado ser conocido por una mayoría de lectores y desconocido por la minoría intelectual.

La multiplicidad de obras referentes, o a partir del 68, son cada día más numerosas. En **México: una democracia utópica**, por Sergio Zermeño, encontramos una extensa bibliografía que, sin duda, se ha extendido considerablemente con las publicaciones de los últimos 18 meses. Las manifestaciones, especialmente la del silencio, dramas policíacos y hasta auscultación de los personajes en su memoria viva, están presentes en gran parte de las obras recientes: **Palinuro de México**, de Fernando del Paso; **Manifestación de silencios**, de Arturo Azuela y, con respecto a obras de teatro, **Urías en Tlatelolco**, de Jorge Eugenio Ortíz.

### Conclusión

La congruencia de Octavio Paz fue una lección viva entre el pensamiento y la acción. Su renuncia como embajador simbolizó el apartamiento crítico ante un régimen que demostró no respetar ni la vida ni el pensamiento. Su **Posdata** no corresponde al alcance de su conducta porque la interpretación mágica de la historia no era la respuesta que buscaban las nuevas generaciones. Era necesaria una explicación, no un repaso mítico.

El existencialismo, como conducta o teoría, fue una vivencia o una búsqueda de la generación del 68. La desmitificación de los símbolos comunes del país: la familia, la iglesia, la decencia, las buenas maneras, la autoridad, el destino casi recto de los hombres y las mujeres formales, el lenguaje velado, dócil para la mentira y la simulación, en fin, la máscara que recubría el rostro de nuestros mayores, cayó de golpe. La obra de Gustavo Sáinz: **Gazapo** y su **Autobiografía**, anticipan lo que José Emilio Pacheco advirtiera en **Obsesivos días circulares**: "un terror sagrado ante poderes que están más allá de nuestro control". La nueva generación enfrentó ese terror con desprecio, con burla, con desdén, produciendo un estado de alerta anárquico en que el pasado y el presente se desmoronaron en una apariencia de desarraigo, y, sin embargo, impulsándonos a entender la realidad.

La obra educativa y cultural durante el rectorado de Javier Barros Sierra y su lección de integridad y valor frente al poder y la labor crítica de Gastón García Cantú, expresada en un lenguaje cuya precisión y síntesis del presente y la historia parecían un idioma diferente al nuestro, fueron parte importante de nuestra herramienta crítica.

Nuestras obras comienzan a manifestar que no somos ajenos ni al país ni a su cultura.

En las letras del 68 convergen tres corrientes: nuestra anarquía y desarraigo, el desafío al sistema familiar, social y religioso, la burla política; la lección de congruencia, la crítica como medio superior del entendimiento y, por sobre todo, la acción que nos llevó en lo político y lo literario, a enfrentar una forma de vida que irrumpió en la aparente paz y conformidad del país. Paradójicamente, la generación del desarraigo luchó como no lo hicieran las precedentes: conformes, indiferentes y acomodaticias.

La literatura del 68 significa el rompimiento con el antiguo orden de cosas y la búsqueda de nuevas formas de ser y de expresarse.